

Juan Negro

Entierro en la costa ⁽¹⁾



fines de primavera, cuando en esa zona del litoral casi no hay tempestades, estalló la que entrega al océano el tributo que año a año las olas nunca olvidan de recaudar.

Esta vez fueron cinco los pescadores desaparecidos. ¡Y nada menos que los cinco hombres que tripulaban la chalupa de Martín, el patriarca de Caleta Hondal

A mediodía el suceso era ya conocido en toda la comarca cuyo puerto principal, San Pedro, distaba apenas unos cinco kilómetros de la caleta.

Pronto salieron del puerto, en busca de los náufragos, dos ágiles embarcaciones tripuladas por expertos y valerosos hombres de mar; dos nuevas embarcaciones de salvamento que la sencilla gente de la costa continuaba llamando lanchas en recuerdo de los viejos botes destinados a ese fin.

Sin embargo, los amigos y familiares de los desaparecidos no esperaron en el muelle o en la caleta el regreso del equipo salvavidas. No, ellos se encaminaron

(1) Destacado poeta, autor de «Mensaje de Poesía» (Premio Municipal de 1936) «Mester de Juglaría» y «Goces y Muertes», Juan Negro ensaya, ahora, el cuento, con hermoso y original estilo.—N. de la D.

a través de las dunas, como una legua hacia el norte, y se fueron a colocar, inmóviles y silenciosos, como fetiches de lejanas islas, en una pequeña ensenada cuyo solo nombre lo expresaba todo: Playa de los Muertos.

Allí confluían hacia la costa varias corrientes y allí llegaban también, tarde o temprano, los cadáveres o los restos de los que zozobraban frente a esos lugares.

Larga fué la espera en esta ocasión y algunos hombres, llegado el atardecer, se dirigieron hacia el muelle en busca de las noticias que podía aportar el equipo de salvamento.

Sólo el viejo Martín no se movió de su puesto de vigía en Caleta Honda. Reconcentrado en su dolor no hablaba casi, y cuando lo hacía era para repetir las mismas palabras:

—La chalupa... Mi chalupa...

Sus hijos no habían zozobrado; estaban con él y trataban de consolarlo. Pero Martín los miraba lastimeramente sin callar su letanía:

—Mi chalupa, mi chalupa... ¡Cincuenta años que soy pescador y nunca perdí una chalupa!

Para él no contaban los hombres extraviados o quizás ahogados; su existencia elemental se aferraba al recuerdo de ese carcomido artefacto de madera que durante media vida lo había acunado o zamarreado según el capricho de las olas.

Y la noche sorprendió al viejo Martín, de pie en lo alto del roquerío, sollozando la pérdida de toda su fortuna:

—La chalupa, mi chalupa...

Porque su chalupa, su querida chalupa, no se llamaba Gaviota, o Sardina, o tenía un nostálgico nombre de mujer como las barcas de los demás pescadores. La de Martín era la chalupa por antonomasia.

Entretanto, las goletas salvavidas habían regresado sin traer noticia alguna.

—Ni una tabla hemos divisado—gritó el piloto de una de ellas cuando atracaba al pequeño muelle.

—¿Llegaron hasta la Isla de los Lobos?

—La rondamos y desembarcamos en las dos caletas.
¡Pero ni un rastro!

Se alzaron algunos hombros en gesto de desesperanza, y el expectante grupo se fué dispersando poco a poco.

Ahora todos estaban de acuerdo, había que esperar en la Playa de los Muertos. Sí, y solamente esperar a aquellos que el océano deseara devolver.

Y pasó el siguiente día, y otro. Así, hasta cinco.

La gran marejada que levantó la luna nueva arrojó por fin, entre algas, jibias y destrozados caracoles, el único cadáver que las olas devolvieron de los hombres que tripulaban la chalupa de Martín.

Y apareció en la Playa de los Muertos.

¡Pero qué extraño cadáver! Ni rostro, ni manos, ni pies. Sólo se sabía que era de Caleta Honda, por los girones de camiseta azul que cubrían su estrecho tórax y por el dril grisáceo de sus pantalones también destrozados.

Arrastraron el cuerpo fuera del alcance de las olas, y la perplejidad de todos dió comienzo con la llegada de la policía y del juez del distrito.

¡En Caleta Honda, donde apenas se agrupaban unas quince millas de pescadores, nadie hubiera creído que no podrían reconocer a uno de los suyos cuando se los devolviera el mar!

Pronto tres nombres fueron descartados: Bartolo, Luis y Tomás. Pero, ¿se podía afirmar que ese atadizo de carnes machacado durante días por la marejada contra las filudas rocas era el cuerpo de Marino? No; mas tampoco nadie se atrevía a jurar ante Dios y ante el juez que era el de Pedro.

Bartolo, Luis y Tomás, eran grandotes, de contectura fácil de reconocer y, cuando partieron, en el anochecer que precedió a la tempestad, vestían de distinta manera.

No así Marino y Pedro. Ambos eran esmirriados, de igual estatura y desde meses atrás no se quitaban de encima las camisetas azules y esos pantalones de tela cruda que habían comprado juntos a un falte que cruzó por la región.

Cuando el juez, sin conseguir mayores informaciones, hizo llamar a las mujeres de los náufragos, tampoco logró aclarar el enigma.

Solamente las de Bartolo, Luis y Tomás dieron datos precisos:

—Mi Bartolo vestía una chomba blanca bajo la chaqueta de cuero.

—Lucho tenía en el brazo un ancla . . . y era gordo

—Tomás era grande y tenía . . .

Y como la mujer, entre lágrimas, se detuviera indecisa, el juez inquirió casi violento:

—¿Qué tenía? ¡Dígalo pronto!

—Tenía pelambreira en el pecho . . .

El juez hizo retirar la camiseta al cadáver y se vió una carne magullada y amoratada, pero casi sin pelos.

—¿Era así?— preguntó el secretario del juez a la mujer.

—No es mi Lucho, él era peludo, muy peludo.

Las otras mujeres—las de Marino y de Pedro—, no pudieron especificar nada que permitiera la identificación de sus hombres. Sin embargo, ambas competían, a espaldas del juez, en atribuirse como marido ese pingajo que ya comenzaba a heder después de algunas horas a pleno sol, a pesar de los cinco días de salmueraje.

Como el interrogatorio se prolongara sin llegar a nada concreto, el juez, tras una corta deliberación con su secretario y el oficial de policía, se retiró hacia su coche para que los soldados procedieran.

El secretario, entonces, comunicó a los pescadores la decisión tomada:

—Se llevará el cadáver a la morgue del puerto.

Un ¡ahl! de desilusión y de defensa surgió de los pobladores de Caleta Honda.

—No crean que será retenido allá. Lo enterrarán ustedes. Recuerden que no se sabe si éste es Marino

o Pedro. El señor juez no puede extender así el certificado de defunción.

Y como en los rostros del grupo no se había borrado aún la mueca recelosa, el secretario repitió casi con ternura:

—No temáis que sea retenido allá. Lo enterrarán ustedes.

Entonces se llamó a la ambulancia que esperaba en un recodo, detrás del arenal. La rústica ambulancia era un simple carretón tirado por una pareja de flacas mulas que se esforzaban por hacerlo avanzar sobre la suelta y recalentada duna. Si no hubiese sido por las cruces pintarrajeadas con rojo en sus costados, aquello hubiera continuado siendo la carreta de un mercader venido a menos.

Con ayuda de los pescadores se subió al cadáver y, entre el lloro de las mujeres y el respetuoso silencio de los hombres, se alejó de allí el cortejo que custodiaba al que podía ser el cuerpo destrozado de Pedro o de Marino.

* * *

Durante el largo crepúsculo y hasta después de medianoche reinó en Caleta Honda un pesado rumor de comentarios que, a pesar de la ocasión funeraria, llegó por momentos a adquirir tono de disputa.

En grupos, y rodeando las fogatas de cardones y algas resacas, los hombres procuraban dilucidar el ma-

por misterio que se les había presentado en su larga lucha con las olas.

—Tal vez un tiburón—, insinuó alguien.

—En este mar casi no hay tiburones. Además, hemos visto a hombres medio comidos por los tiburones. Pero...

—Sí, ahora más bien parecían golpes hechos a hachazos. Un tiburón le habría comido toda una pierna o el cuerpo entero. Y no solamente los pies, las manos, la cabeza.

El septuagenario Martín, con voz apagada, afirmó entonces:

—Pero el mar azota con fuerza sobre las filudas rocas. Azota como si cien hachas golpearan sobre uno.

Rafael, a quien llamaban «el ronco», también agregó su comentario:

—Somos lo mismo que monos de grea... Cuando se cae un mono de esos lo primero que se le quiebra es la cabeza, las manos, las patas.

En ese momento pasó frente a ellos una mujer que intercaló su voz chillona para decir.

—Ellas tienen la culpa...

Y mostraba con el dedo hacia el grupo donde lloriqueaban las mujeres y los críos de Marino y Pedro.

—Ellas tienen la culpa. No conocen a sus hombres. Si se hubiera perdido mi Tobías, yo lo conocería siempre, aunque el mar sólo botara una uña d'él. Pero ésas...

Y repetía su chillona aseveración.

Hasta que del otro grupo la oyeron y la mujer de Marino, irguiéndose colérica, le gritó:

— ¡Cállate, culebra de cardal...!

Entonces el viejo Martín intervino a plena voz:

— No griten malas hembras. Aunque se lo hayan llevado y esté lejos, el muerto necesita dormir... quiere dormir en paz.

Los grupos volvieron al comentario en voz baja. Se oyó rezar a dos abuelas y, cuando allá en lo alto las constelaciones transmontaron la medianoche, y las fogatas se apagaban ya, el acordeón de Martín el mozo, nieto del patriarca, comenzó la salmodia de siempre; pero ahora como medroso y enronquecido de pena, con sordina de dolor compartido.

Más bien el acordeón lloraba. Y quizá no lloraba por los muertos, sino porque desde Caleta Honda, a pesar de la bella noche sin luna ahuyentadora de peces y de la bonanza del viento, no partió ninguna barca a cumplir con su faena.

En voz muy baja, Martín el mozo, parecía querer evadirse de la deserción de todos, acompañando a su acordeón con unas décimas de ciego que le habían enseñado en la infancia:

Partir al atardecer
antes que brille la luna
y dejar atrás la duna
que no da para comer.
Luego las redes tender

con ojo conocedor
allí donde está la flor
y nata del congrio esquivo.
Al que siempre yo cautivo
porque soy un pescador.

Martín el mozo, era un pescador de veinte años y le dolía muy adentro perder esa noche propicia y percibir a través de las sombras los botes tendidos allí en la playa como grandes atunes que se estuvieran riendo de él. Y de nuevo, acompañándose del acordeón en sordina, musitaba la décima popular. Pero ahora lo hacía recalcando los dos últimos versos en una afirmación rotunda:

¡Al que siempre yo cautivo
porque soy un pescador!

* * *

Durante semanas, sin faltar un día, nunca dejó de haber alguien de Caleta Honda en los pasillos o en los alrededores del juzgado. Querían «noticias» del cadáver; pero en el puerto parecía que nadie estaba dispuesto a preocuparse de aquel pingajo de carnes que se desmedraba aún más en el rudimentario frigorífico de la morgue.

En Caleta Honda ni siquiera se creía que el cuerpo estuviera allí. Cuando los hombres o las mujeres regresaban sin traer novedad alguna, se comentaba rudamente:

—Nos engañaron. Se lo habrán tirado a los perros.

—Lo habrán enterrado en un hoyo cualquiera, detrás del arenal. Creen que los pescadores podemos ensuciarles el cementerio... esos cochinos señores de allá.

—Ni nos reciben. Sólo el sargento nos responde:

—Como si el finado estuviera preso por borracho.

Hasta que un inesperado cambio judicial vino a poner el asunto en sus cabales.

El nuevo funcionario, deseoso de mostrarse trabajador y expedito, se empeñó en solucionar a la brevedad posible el alto de engorrosos legajos que se asomaban sobre la mesa de su antecesor.

Y al «ronco» Rafael le correspondió llevar la noticia a Caleta Honda. Y como la nueva, en afán de pronta difusión, no le cabía en la garganta, desde muy lejos se escucharon sus estentóreos gritos.

—¡Nos entregan al finoooo...! ¡Nos entregan al finoooo...!

De nuevo, y a pesar de que muchos hombres salieron a la pesca, se atizaron fogatas hasta después de medianoche, y alrededor de ellas se pedían detalles a Rafael.

—Cuando divisé al señor ese que estuvo aquí—repetía «el ronco» por cuarta o quinta vez—, me le acerqué como de costumbre...

—Pero si a ese lo cambiaron...

—Hablo del más joven de los dos. No te hablo del con barbas.

—¡Ah!

—Me le acerqué y le dije que yo era de aquí. El entonces me llevó hasta una ventana donde había un papel pegado y me dijo «lea eso». Y se fué. Y como yo no sé leer tuve que pedirle a un caballero que pasaba que me leyera eso... El caballero quiso. Y me leyó. Además, me preguntó si había entendido bien la cosa. Le dije que a medias. Entonces fué a buscar un papel y copió lo que decía en el otro papel. Y eso es todo. Martín, el abuelo, tiene el papel. Que se los lea Martín el chico; él sabe leer.

Y al detallar su diligencia en el juzgado, «el ronco» Rafael, lo hacía con orgullo. Ahora se le tomaba en cuenta. Antes sólo se le llamaba cuando había que cargar con los aparejos más pesados o cuando nadie podía levantar un bote pegado en el arenal.

Las fogatas ardieron hasta cerca del alba porque Martín, «el mozo», había salido de pesca y nadie de los allí reunidos podía leerles una vez más el papelucho traído por Rafael.

* * *

La mañana siguiente fué de gran actividad en la caleta. Había que acudir cuanto antes a la citación judicial para dar entierro al finado. O mejor dicho a los finados. Porque en Caleta Honda, aquel cadáver restituído por el mar en la Playa de los Muertos, ya no pertenecía a un solo hombre: era Marino y Pedro a la vez, y ya nadie pensaba en hacer una nueva inspección

del magullado despojo a fin de buscar su verdadera identidad.

¿Acaso el juez se había preocupado de ello? Su notificación era concisa: «Cítase a tres pescadores radicados en Caleta Honda, que sepan leer y escribir, mayores de veinticinco años, para que retiren y den sepultura al cuerpo de un desconocido encontrado en la llamada Playa de los Muertos, al amanecer del día...».

Y se agregaban otras sencillas cláusulas referentes a lo que debían certificar, bajo juramento, los que se presentasen al juzgado.

¡Tiempos sin cédula de identidad, de registro civil ni de antecedentes policiales!

Los elegidos fueron Tobías, Remigio y Martín, el mozo. Este no tenía aún los veinticinco años, pero era ya un mocetón fornido, y todos estuvieron de acuerdo, hasta su madre, en jurar que los tenía y que «andaba muy cerca de los veintiséis», en caso de que el juez pusiera en duda lo aseverado por ellos.

Antes del mediodía, los tres testigos y sus acompañantes, es decir, casi media población de Caleta Honda, se pusieron en marcha.

Los botes quedaron en sus varaderos, porque el abuelo Martín se opuso a que los emplearan en algo que no fuera pescar.

Los botes y las chalupas se quedan,—había dicho lacónicamente el viejo como si, perdida su embar-

cación, le perteneciera todo lo que se conservaba en la caleta.

Y como una de las mujeres se atreviera a protestar, expresando así el callado pensamiento de los demás, el viejo agregó:

—¡Vayan por tierra! Cuando un pescador llega a puerto en bote, es porque lleva pescado, mucho pescado. Las chalupas no son para acarrear chiquillos ni piojosas como tú.

Hacia muchos años que el abuelo no hablaba así. Pero ahora, desde la pérdida de su chalupa, el carácter se le había agriado y sus palabras, por cualquier motivo, reflejaban la resquebrajadura interior.

Sin embargo, aun lo obedecían con respeto.

Con la cabeza gacha, como perros que hubieran recibido un latigazo de su pastor, la gente se alejó entonces a pie descalzo, orillando el mar, por donde la arena recién humedecida hacía más fácil la marcha.

Dos horas antes de la fijada, sudorosos y entrabados por la timidez, llegaron hasta los pasadizos del juzgado y se fueron arrinconando donde podían hacerlo, en espera de ser llamados.

Cada cierto tiempo, se abría una estrecha puerta y el secretario gritaba un nombre. Extrañas gentes—una escuálida viuda, un muchacho de vistoso jersey azul, un lego que portaba una canasta—, se apresuraban a acudir al imperativo de esa voz. Así transcurrieron largas horas. Y ya comenzaba a declinar la tarde, cuando el secretario llamó por fin:

—[Tres pescadores de Caleta Honda, que sepan leer y escribir, y que tengan más de veinticinco años!

Remigio, Tobías y Martín, el mozo, se adelantaron entonces, pero lentamente, alicaídos y silenciosos como si fueran a ser sometidos a dura prueba.

Contra lo que se esperaba, el interrogatorio duró poco, y antes de media hora los tres pescadores salían de la sala con ademanes más desenvueltos.

Tobías, el de mayor edad, sostenía entre sus rudas manos un papel que, por la manera como lo cuidaba, todos comprendieron que era de gran importancia. Y lo era, según lo que rezaba: «permiso judicial para que al cadáver de Caleta Honda, no identificado hasta la fecha, se le dé sepultura en el cementerio de esta jurisdicción, puerto de San Pedro, por los que se supone, según consta por presencia y juramento, son sus deudos». (Sic).

* * *

Detrás del puerto y al amparo de una colina cubierta de achaparrados pinares que impedían el avance de las dunas, se cobijaba el cementerio. Y dentro de él, solamente fosas abiertas a golpes de azadón.

Ninguna vertiente había en los contornos, de manera que casi no se veían flores en aquel lugar de conmovedora aridez.

Piadosas madres y fieles viudas habían logrado, sin embargo, que allí crecieran algunos raquíticos geranios,

verbenas silvestres o cualquier humilde yerba que comunicara un poco de verdor al inhospitalario contorno.

Como samaritanas que dieran de beber a un inagotable recuerdo, se las veía llegar diariamente hasta el camposanto con la jarra o el cantarillo que habían llenado en un lejano arroyo.

Hacia ese cementerio, bordeando la colina, y haciendo crujir las pinochas que cubrían la senda, se dirigió en una calurosa mañana de verano, el cortejo de Caleta Honda.

Abría la marcha «el ronco» Rafael, que cargaba el ataúd sobre su hombro izquierdo. Y el ataúd era pequeño, de madera basta, sin pintura, barniz ni manillas.

Las mujeres llevaban negros y andrajosos mantos. Muchas de ellas apretaban a sus sarmentosas manos unas amarillas velas que se comenzaban a derretir. Algunas muchachas, también, tiernos ramilletes de docas recién florecidas.

Los hombres llevaban solamente silencio. Y silencio muy hondo.

En grupos separados, marchaban los familiares de Pedro y de Marino. La congoja de sus rostros no alcanzaba a disimular la terca hostilidad que se mantenía entre ellos desde la aparición del cadáver.

Y el resto de los acompañantes iban tan sólo a dar sepultura a un pescador. A un pescador de no importaba qué nombre, pero sí, muerto en la faena.

El sepulturero los esperaba en la puerta del camposanto y los condujo hasta la fosa cuya tierra, recién

removida, mostraba bajo el pleno sol sus ásperas gredas y filudas arenillas.

Rafael escurrió el ataúd desde su hombro y, directamente, sin ayuda de nadie, lo encajó en la hocha zanja. Y el anciano cura que llegó en aquel instante rezó unos latines cuyas palabras nadie conocía, pero cuyo significado todos comprendieron. Y entonces el viejo Martín rompió también su mutismo para decir, mientras algunas lágrimas se escurrían de sus ojos:

—Que descanse en paz...

Y la palabra amén, que nadie musitó sino el cura, la fueron repitiendo las paletadas de tierra que los hombres, por su turno, depositaban sobre el insignificante cajón.

Pequeña fué la cruz que señaló la fosa, delgados los cirios que fueron encendidos, y era leve la ternura que los ramilletes de violáceas docas depositaron sobre ese pedazo de tierra que ahora ocultaba el cuerpo del que había sido todo un pescador.

Así, en la aridez de un camposanto que no miraba hacia el mar, se realizó aquel extraño entierro de dos hombres de la costa, en un solo cuerpo.

En seguida, como ayer y como siempre, empezó el lento y meditabundo regreso de los deudos, silencioso regreso apenas interrumpido por el entrecortado sollozar de algunas mujeres.